



Lingüística y Literatura

ISSN: 0120-5587

revistalinylit@udea.edu.co

Universidad de Antioquia

Colombia

Sandoval Correa, Sergio Andrés
REGIONES, ETNICIDAD Y LITERATURA EN COLOMBIA: LECTURAS ABIERTAS DE
MANUEL ZAPATA OLIVELLA

Lingüística y Literatura, núm. 61, 2012, pp. 89-106

Universidad de Antioquia

Medellín, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=476549333007>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

REGIONES, ETNICIDAD Y LITERATURA EN COLOMBIA: LECTURAS ABIERTAS DE MANUEL ZAPATA OLIVELLA*

Sergio Andrés Sandoval Correa
Universidad de los Andes

Recibido: 30/09/2011 Aceptado: 17/03/2012

Resumen: la estrecha vinculación entre el hombre y su territorio, entre la literatura y su región, es estudiada por Zapata Olivella desde una mirada étnica, antropológica, estética, histórica y social, basándose en las herencias de diversos continentes, en la geografía y en las expresiones tradicionales. Por esto, las regiones adquieren tanta importancia en los libros del escritor colombiano, directamente relacionadas con los grupos étnicos que las habitan. Las concepciones de literatura como facultad creadora del ser humano y de las regiones como espacios culturales, son leídas de manera abierta con el objetivo de buscar diversas relaciones entre regiones, etnicidad y literatura.

Palabras clave: Manuel Zapata Olivella, Colombia, regiones, etnicidad, literatura.

* Este artículo es derivado de la investigación “Regiones, etnicidad y literatura en Colombia, lecturas de Manuel Zapata Olivella sobre identidad y creación”, Universidad de los Andes.

REGIONS, ETHNICITY AND LITERATURE IN COLOMBIA: OPEN READINGS OF MANUEL ZAPATA OLIVELLA

Abstract: the close relation between men and his territory, between literature and its region, is studied by Zapata Olivella from an ethnic, anthropologic, esthetic, historical and social perspective, based on legacies from different continents, geography and traditional expressions. That's why regions are very important in the books of the Colombian writer, directly linked with the ethnic groups that live in them. The notions of literature as a creative faculty of the human being and of regions as cultural spaces are read in an open way, in order to search for diverse relationships between regions, ethnicity and literature.

Key words: Manuel Zapata Olivella, regions, ethnicity, literature.

Las tradiciones artesanales indígena, hispana y africana, sincretizadas en múltiples formas, constituyen el más rico patrimonio de valores auténticamente nacionales. Su constante producción nutre el arte, la literatura, la música y demás formas estéticas que inspiran a los artistas y escritores nacionales conscientes de su identidad cultural.

Manuel Zapata Olivella

En el libro titulado *El hombre colombiano*, de donde proviene el epígrafe de este artículo, el escritor loriqueño investiga los tres troncos étnicos que han dado origen a diversas manifestaciones culturales en Colombia, procurando afirmar la capacidad creadora del ser humano y sus realizaciones particulares en regiones específicas. De esta manera, la mirada de Zapata Olivella es amplia y profunda, al igual que particular y precisa. Su investigación busca acercarse a las raíces primigenias y a los rasgos distintivos de las regiones culturales de Colombia. A su vez, tiene en cuenta la importancia de la geografía, la historia y la cultura en la creación de las manifestaciones artísticas, en la transmisión de los saberes tradicionales. Para comprender las características del hombre colombiano, el médico loriqueño encuentra necesario regresar hasta las etnias nativas americanas, europeas y africanas para reconocer sus herencias. De esta manera, las lecturas que hace de los territorios, las gentes y las culturas regionales de Colombia están contextualizadas desde sus orígenes y devenires.

En las primeras líneas de la “Introducción”, Manuel Zapata Olivella afirma: “Las apreciaciones que pudieran hacerse sobre la originalidad o autenticidad de la cultura colombiana, habrán de basarse en el hecho universal de que el hombre, no importa cuáles sean sus herramientas, es un creador de nuevos valores” (1974: 9). Desde el inicio del libro, se encuentra la visión totalizadora del autor de *Changó, el*

gran putas. Esta mirada, a la vez universal y particular, será nombrada en la novela con la palabra africana *Muntú*, singular de *bantú* (humanidad), que significa el ser humano unido a los ancestros y a la naturaleza. Es decir, este vocablo alude a una persona específica, pero a la vez entraña su relación vital con todo el cosmos y su habilidad creativa. Para Zapata Olivella, la característica fundamental de lo humano es la capacidad de crear. Ya sea en arte, ciencia, filosofía, mitología o zapatería, la constante que ha caracterizado a la humanidad es su facultad de forjar nuevos valores y hacerlos perdurar en la memoria colectiva.

Esta capacidad creadora del ser humano encuentra en sus raíces culturales la fuerza fecunda para alcanzar sus realizaciones. De esta manera, la estructura de la investigación realizada por Manuel Zapata Olivella se acerca directamente a la imagen poética *Sankofa*, propuesta por Jerome Branche en su texto *Malungaje: hacia una poética de la diáspora africana*. En su texto publicado por el Ministerio de Cultura colombiano, Branche retoma la imagen/concepto del *Sankofa* que es particularmente significativa en relación con la literatura de Zapata Olivella. *Sankofa* significa, en la lengua akan de Ghana, volver (*sanko*) y tomar (*fa*); más allá y por extensión, alude a que es necesario regresar a las raíces para ir hacia adelante con los mejores elementos posibles para desarrollar la potencialidad. *Sankofa* también implica que es posible la recuperación y la revitalización por medio de un doble movimiento que se encarna en la imagen poética de un pájaro (capaz de volar) mirando hacia atrás (el pasado) con un huevo sostenido en su boca (el futuro que se gesta). Branche, retomando estos conceptos, plantea la posibilidad de lograr la recuperación multidimensional del pasado por parte de la diáspora africana: “En efecto, es a través de un saludable involucramiento con el pasado, como parte de una formidable tarea teórica de la diáspora como recuperación, que una discursividad poética y analítica con “potencial orientador de la acción” (Henry, 2000, 104) podría ser producida” (Branche: 12).

En este sentido, la visión integradora de Zapata Olivella puede ser relacionada con la imagen de *Sankofa*; es decir, su obra recupera los legados artísticos y culturales ancestrales para renovarlos de manera poética. Las siguientes palabras del escritor colombiano, pronunciadas durante una entrevista realizada por el Departamento de Literatura de la Universidad Javeriana, en Bogotá durante el año 2003, afirman aún más su visión de creación y renovación cultural:

Esta capacidad ontogénica creadora del ser humano, le permitió al africano, cualquiera que fuese la cultura del colonizador, del amo, del esclavista, generar su propia imaginación, su propio sentimiento. No de hombre esclavizado, no de hombre limitado por las condiciones que se le imponían; sino la condición ontogénica de ser un creador. Y esa condición ontogénica tenía que partir de la base que lo primero que tenía que asegurar de acuerdo con el mandato, con el culto de sus ancestros, era defender la

vida, y que la vida no tenía color, que la vida no era simple y llanamente un comer hoy y un morir mañana, sino que era también recrear a partir de los elementos que les imponían las condiciones sociales a que habían sido sometidos. Recrear una nueva visión (Zapata, 2003).

A partir de este contexto universal que denomina la creatividad ontogénica del ser humano, Zapata Olivella estudia los orígenes y las manifestaciones de la cultura colombiana dentro del contexto del “mestizaje étnico de América” (1974: 9). El gran investigador colombiano describió una visión integral del ser humano. No separaba la vida y la cultura en ramas divididas. Concebía la existencia como un árbol y el ser como una totalidad. Esta conciencia le da plenitud a su posición triétnica. Su pensamiento tiene raíces en la filosofía africana, indígena y occidental; aún así, su posición mestiza no es sólo filosófica. También es sanguínea y literaria. En su sangre confluyen las sangres heredadas de su abuelo español, su abuela indígena, su padre afroamericano y su madre mestiza. Su nacimiento, bendecido por el agua que caía de un tremendo aguacero, fue la confluencia de sangres encontradas. Así, utilizó la palabra mestizaje en el sentido en que la conciben otros escritores de su generación como Alejo Carpentier, a nivel biológico y cultural, sin negar la violencia y los complejos procesos históricos que lo producen.

De esta forma, en su contexto familiar, social y cultural, como en su sangre misma, se mezclaban tres fuertes raíces culturales: la hispánica, la africana y la indígena. Pero, en los hermanos Zapata Olivella, esta posición de mestizaje y triétnicidad no surgió de un pensamiento idealista o conceptual, sino de la misma búsqueda de la identidad, del mismo árbol genealógico. La abuela paterna fue hija de africanos y aún tenía la carimba de la esclavitud, la abuela materna fue una indígena Zenú casada (obligada) con un español de origen catalán. El mestizaje lo llevaban en la sangre, era innegable y sería la fuente primordial de su investigación. Sin embargo, no era sólo biológico o genético, significaba que eran mestizos de forma cultural, estética, social y étnica. No sólo se reconocieron a sí mismos como triétnicos, sino que encontraron en la cultura colombiana y latinoamericana la afirmación de sus múltiples raíces que los ligaban a otros continentes.

De hecho, el primer ensayo publicado por Manuel Zapata Olivella hacía referencia al mestizaje americano y fue galardonado en Cartagena por el poeta Jorge Artele. Entre los tres orígenes que constantemente estructuran los libros de los hermanos Zapata Olivella (indígena, africano y europeo), ellos se interesaron más por las dos vertientes que llaman “sangres oprimidas”. Es decir, su reivindicación étnica, artística y cultural se centra en las herencias indígenas y africanas. Por su fuerte vinculación a las comunidades caribeñas y negras, fueron denominados defensores

de las negritudes colombianas. En síntesis, la concepción de mestizaje triétnico como fundamento principal de la identidad latinoamericana en los Zapata Olivella va más allá de ser una mezcla ideal y feliz de culturas continentales. Es una realidad histórica que da origen a una confluencia tensa, violenta, conflictiva pero complementaria en la forma del ser americano. Los hermanos Zapata Olivella destacan las distintas formas de opresión, violencia, marginación, censura y discriminación que existen en el complejísimo mestizaje que ocurre en América. Aún así, esta trietnicidad no es única ni igual en todo el continente, cada región tiene sus particularidades que surgen de la geografía, la historia y los devenires culturales. Por lo tanto, el mestizaje es múltiple, conflictivo y plurívoco. La trietnicidad tampoco es una suma simple y llana de indio, negro y blanco; es el reconocimiento de tres raíces étnicas principales que son múltiples cada una. Tanto Delia como Juan y Manuel enfatizaron en la multiplicidad de los troncos étnicos indígena, africano e hispánico, investigando sobre las comunidades arawaks, yorubas, andaluzas, etc. De esta forma, la trietnicidad y el mestizaje colombiano, presente en otras regiones latinoamericanas, son procesos históricos, sociales, étnicos y culturales profundamente diversos, contradictorios y amplios que están ocurriendo desde hace más de cinco siglos hasta hoy en día.

La conciencia de la violencia ocurrida en América durante estos complejos procesos estuvo siempre presente en la obra de los Zapata Olivella. Su posición no sólo surge de recordar la esclavitud, sino del padecimiento diario en la difícil realidad colombiana. La posición militante, como la concepción del mestizaje triétnico, no nace de un pensamiento abstracto e ideológico, proviene de las experiencias vitales y la toma de posición estética, étnica y ética frente a las trágicas realidades latinoamericanas. En este sentido, la pregunta por el mestizaje no sólo surge desde una perspectiva de identidad nacional, política o cultural; sino también de identidad personal. Es en la afirmación de la sangre triétnica donde encontraron los pilares de sus obras más importantes. Al mismo tiempo, afirman en ella una respuesta, una resistencia y una reivindicación ancestral en las manifestaciones populares que mantenían con vida las raíces étnicas. Manuel Zapata Olivella aborda esta concepción en “La trietnicidad latinoamericana”, la quinta parte del libro *La rebelión de los genes. El mestizaje americano en la sociedad futura*:

Al reexaminar el substrato material y anímico de la amalgama étnica latinoamericana, las ciencias sociales contemporáneas niegan que en ella hubiesen existido sólo corrientes impositivas del colonizador sin la respuesta sensible y recreadora del oprimido, modificándola y enriqueciéndola. Lenguaje, religión y artesanías resultaron fundidos en la fragua del mestizaje. El propio híbrido, el nuevo hombre latinoamericano, es la afirmación y la negación de sus progenitores (1997: 241).

Las diversas complejidades del mestizaje para los Zapata Olivella implican un enriquecimiento vital, cultural e histórico de sus raíces. Particularmente, destacan los frutos artísticos y populares de las etnias indígenas y africanas. Frente a la cultura impuesta, siempre existió una creatividad propia de los esclavos y marginados que forjaron el orgullo de las naciones latinoamericanas actuales. La gran virtud del mestizaje americano para los Zapata Olivella es la capacidad de crear un ser humano que afirme su dignidad ancestral en la confluencia de todas las sangres. A estas ideas importantes, Manuel dedica el libro *Las claves mágicas de América*. En él, subraya que no está hablando de un mestizo utópico ni idílico, que rechaza la denominación de subdesarrollados y que, a partir del estudio de la historia americana, se puede plantear un ser capaz de superar los antagonismos para liberar a los pueblos oprimidos.

Como afirmará después en *Changó, el gran putas*, América es el lugar donde realmente nacerá la libertad por contener en sí la capacidad de afirmar todas sus múltiples raíces. De aquí surge la concepción de la trietnicidad como una condición y una capacidad cultural de afirmar los orígenes étnicos. Frente a este último término, es importante aclarar que el vocablo etnia es utilizado en su significación como igualdad de los seres humanos y sus realizaciones culturales que surgen de una misma raíz biológica. Por lo tanto, una de las principales luchas de los hermanos Zapata Olivella es contra el racismo, la explotación, la opresión y la violencia.

También es de destacar la reivindicación constante que brindaron con respecto a la cultura popular, entendida como las realizaciones artísticas, religiosas, cognitivas, cotidianas, gastronómicas, etc., de una comunidad analfabeta o semiletrada que constituye la base de las naciones actuales. Por popular entendían la relación de la cultura con el pueblo, en cuanto a población y comunidad, en cuanto a gente viviendo en un territorio en el cual comparten sus manifestaciones culturales, realidades sociales y devenires históricos. Llamados folcloristas o investigadores del arte popular, los hermanos Zapata Olivella lograron un reconocimiento y una revaloración importante de la cultura colombiana, forjada por sus numerosos pobres, analfabetas, campesinos, indígenas y afrodescendientes. En este sentido, la cultura popular tiene una relación directa con la etimología de la palabra folclor, al ser sabiduría del pueblo. El amor por la música, la danza, el arte y la literatura es una constante en la vida de los tres hermanos nacidos en Lórica. En los tres se encuentra siempre esa pulsión totalizadora, esa visión de que lo ecuménico es posible a pesar de las contradicciones, los conflictos y las diferencias.

Como posiciones vitales y reflexiones conceptuales, mestizaje, trietnicidad, cultura popular, arte americano e identidad colombiana han sido fundamentales en las obras artísticas y culturales de los Zapata Olivella. La fuerte conciencia de una

identidad colombiana, que surge íntimamente ligada a la afirmación cultural de su mestizaje y a su devenir histórico, es una constante en las producciones culturales de los tres hermanos, siempre ligadas a una concepción continental latinoamericana.

En otro sentido, el mestizaje de Manuel Zapata Olivella también es literario. Sus formas de escritura incluyen la poesía, la narrativa, el canto, la historia, el reportaje, el ensayo y la dramaturgia. En su vasta cultura como médico, investigador, vagabundo, artista y maestro, la expresión milenaria de su cultura se hace múltiple como su sangre. La literatura es primordial porque en ella se encuentra la libertad de la palabra. En *Changó, el Gran Putas* la narrativa está escrita desde la música, la lectura, la mitología, la historia y el homenaje poético. Su escritura ecléctica incluye el verso y la prosa para expresar la palabra creadora de imágenes: la poesía. Desde su estructura, la novela está construida a partir de símbolos artísticos, de creaciones míticas, de palabras rituales que buscan alcanzar la libertad del *Muntú*: la liberación del ser humano y su cosmos.

Changó el Gran Putas es una novela totalizadora, como el espíritu de su autor. Es la escritura del universo que comprende todo el ser del *Muntú*, el río que fluye uniendo pasado, presente y futuro. Esta novela es para Manuel Zapata Olivella su libro dentro de su obra, es en el que escribe su sabiduría y vitalidad creadora. Plenitud y síntesis, *Changó* es la culminación de la literatura del gran maestro colombiano. En esta novela, que es una epopeya ritual de la libertad, una saga en prosa que empieza con veinticuatro poemas, Manuel crea un nuevo lenguaje literario con toda su multiplicidad cultural. Sus búsquedas y herencias, sus obsesiones y viajes, su ser plural y toda su vida se plasman en la literatura, alcanzando la que considera la capacidad ontogénica del ser humano: la creación. Es bien conocida la naturaleza multifacética de Manuel Zapata Olivella y es esta misma multiplicidad la que forja su visión del arte y la literatura, el ser y la cultura. Por esto, al igual que en la filosofía vital del *Muntú*, al leer *Changó el Gran Putas* se comprende un cosmos. El conocimiento profundo que tenía el autor de la cultura africana y latinoamericana, junto a su escritura poética y fragmentaria, crea la palabra viva que bebe de la historia, la tradición oral y la mitología ancestral. La escritura en *Changó* es canto, plegaria, poesía, música, teatro, historia, medicina, denuncia, y, sobre todo, libertad. En la lluvia de voces narrativas está la memoria inmortal de los ancestros, el dolor profundo de la esclavitud, la presencia vital de la divinidad y la redención poética de los libertadores. Es un libro escrito no sólo para la diáspora africana, sino para toda la humanidad, gracias a la universalidad del arte.

Antes de sumergirnos en este océano poético es necesario comprender la filosofía vital, espiritual y artística del *Muntú*. En esta palabra esencial para su escritor se encuentra la característica primordial de la novela: su ser de totalidad. *Muntú* es el

singular de *Bantú* y significa el ser humano en su cosmos. Este concepto trasciende de la connotación occidental del hombre al incluir en su significado a los vivos y muertos hermanados con los animales, las plantas, los minerales, las herramientas, las tierras, las aguas y las divinidades. Esta palabra es tomada por Zapata Olivella de la cultura y la lengua Bantú, la familia lingüística que se extiende en todo el África austral por debajo del río Níger y cuyos distintos imperios fueron saqueados con la captura esclavista de los europeos. Las raíces de la cultura Bantú fueron sembradas en América por millones de africanos arrancados de su tierra madre, dejando como grandes frutos sus concepciones filosóficas, religiosas y vitales. Es importante tener en cuenta que la lengua y familia Bantú está íntimamente ligada con sus hermanas Yoruba, Fon, Carabalí, etc., en la gran diáspora genésica y universal del África, por lo que dividir las en polos separados sería negar sus raíces. En la ontología bantú, como en la mayoría las culturas africanas, la idea esencial es la fuerza vital (vida, inteligencia, palabra, espíritu) llamada *bumi*, *nommo* o *magara*. Esta fuerza vital es el ser de la divinidad, su creación en el cosmos. Los Bantú enfatizan en la armonía de los cuatro elementos que conforman la existencia: la Divinidad (fuerza creadora, ser supremo en la cumbre de todo lo existente), los seres humanos (vivos y muertos con la capacidad ontogénica de la creación: la palabra), los seres animados (animales, plantas, elementos) y los seres inanimados (minerales, herramientas, cosas). Esta armonía se encarna en el *Muntú*, el ser humano dotado con la palabra que le permite crear, comunicarse con la divinidad y los ancestros, a la vez que hermanarse con el resto de los seres de la tierra. La raíz *ntú*, de la palabra *Muntú*, significa la expresión de la fuerza vital-universal en todo lo existente. Este elemento filosófico es el que da origen a los siguientes vocablos: *Bantú* (humanidad), *Kintú* (objeto), *Kuntú* (cuando y forma) y *Hantú* (lugar). En el *Muntú* está presente la segunda potencia de la fuerza vital en sus distintas expresiones, después de la divinidad.

En este punto es fundamental otro concepto en la filosofía espiritual de los Bantú: *kulonda*. Esta palabra significa la semilla física y espiritual con la que el ancestro protector auspicia el nacimiento del *Muntú* al sembrarla en el útero de su madre y sólo es fecundada cuando la unión sexual es bendecida por la divinidad. El *kulonda* es la potencia omnipoderosa de la creación que teje el irrompible nudo que une la vida y la muerte, los humanos perecederos y los difuntos inmortales. Los ancestros siembran libre y voluntariamente el misterio del *magara* que engendra la vida, la palabra, la inteligencia y el don creador del *Muntú*. Este pacto irrompible es una bendición para los vivos mortales y los muertos inmortales, porque el ancestro alimenta las potencias creadoras de su protegido y el humano engrandece el nombre de su sembrador ante la divinidad porque multiplica la vida con sus hijos y acciones. Mezcla de luz y polvo, los vivos y los difuntos son una familia única con los astros,

árboles, animales y piedras por el regalo divino de la vida. Esta es la gran similitud entre las mitologías africanas: el culto a los ancestros. Las filosofías del continente africano tienen en sus raíces el culto a los antepasados, las sombras o espíritus protectores que acompañan al humano durante toda su vida y lo reciben en la muerte. Como ser primigenio de la tierra y semilla de la diáspora genésica del África, el *Muntú* tiene infinita conciencia de su pasado, las raíces y la inmortalidad de la vida en las ramas del baobab. Las dos sombras primordiales de cada ser humano son: la de un ancestro protector, dador del *kulonda* (vida, palabra, inteligencia y creatividad), que es visible a la luz con su desprendimiento negro de los pies; y la de la descendencia, portadora de la herencia en la sangre de los futuros nacimientos, que es invisible. En las ramas del baobab africano (el árbol de la palabra) como en las de la ceiba americana (el árbol brujo de la libertad) viven los ancestros y moran los Orichas que alimentaron siempre la vida y energía creadora del *Muntú* donde quiera que fuera oprimido. Esta profunda espiritualidad del africano, su fe en la divinidad y en sus antepasados, junto con su inagotable libertad creadora le permitieron sobrevivir los más grandes oprobios sufridos por la humanidad para alcanzar su redención en el arte. Por esto nunca olvidaran su tierra, la madre África de toda los seres humanos y, sin embargo, se enamorarán de cualquier tierra que reciba su semilla.

África, con sus ríos, montañas, selvas y sabanas; con sus permanentes vientos oceánicos y la convivencia con animales y plantas, acompañándolos en la aventura de la existencia, les hace concebir su tierra como un gran templo donde son, a la par oficiantes y devotos de una religión (en el sentido primario del vocablo), para compartirla con los vivos y sus ancestros. Hablemos, pues, más de una manera de ser y sentir la existencia que de un ritual contemplativo y gratificante de las fuerzas superiores. Es la expresión existencial del pensamiento y del sentimiento para comunicarse con sus deidades: el cuerpo, la danza, el canto, la música, la palabra. Son los mismos lenguajes mágicos y sagrados que utilizó el *Homo sapiens* cuando tuvo conciencia de que no estaba solo en el universo. Este contexto cosmogónico y vital ha inspirado la filosofía del *Muntú*: la gran familia de los difuntos y vivos, hermanos con los animales, plantas, mares, ríos, astros, estrellas y las herramientas (Temples). Esta es la memoria ancestral que mantiene unidos a los millones de africanos trasplantados a la América, donde siempre se sintieron libres bajo el colonialismo expoliador de las fuerzas vitales, nueva forma de opresión que lo diferencia de los sistemas esclavistas, en los cuales a los oprimidos se les reconocía el derecho a la vida, la familia y sus gentilicios culturales (Zapata, 2002: 46).

En *Changó el Gran Putas* está omnipresente la filosofía y la cultura del *Muntú* como el aire en la piel de la tierra. En la novela se plasma todo el vitalismo y la espiritualidad de la cultura africana, que relaciona lo más particular con lo universal

del cosmos. Es gracias a esta unidad que en la novela confluyen de manera esencial la cultura, la mitología, el arte, la filosofía y la historia; porque el *Muntú* no es sólo africano, también es indígena, americano, asiático, oceánico, árabe y europeo. En la sangre triétnica del escritor nacido en Lorica en 1920 nunca hubo espacio para la discriminación, sino que siempre primó la humanidad. El conocimiento de su cultura implicaba sentirse hombre universal, hijo de la tierra y heredero de toda la sabiduría milenaria de sus ancestros.

La profunda investigación de Manuel Zapata Olivella sobre la cultura africana se encuentra claramente en estos sus libros anteriormente mencionados. África para el escritor colombiano es la madre de la humanidad, las raíces de su espíritu, la tierra de sus ancestros y la semilla fecundadora de su amada América. Para encontrarla descende, como el personaje de Hemingway en su última novela, a la aurora de la humanidad y al presente de su vida hasta pisar el suelo de sus Orichas. Manuel también tiene la conciencia de que para alcanzar su libertad tiene que nutrirse de sus raíces y de toda la cultura humana, fuente de sus potencias creadoras. Y para él tanto la literatura como el arte son expresiones de la sabiduría del ser humano, por esto hacen parte de la creación de los valores fundamentales de la cultura. Zapata Olivella también concibe la mitología como la primera creación poética de la humanidad. El inicio de los dos libros anteriormente citados se centra en la profunda poesía espiritual de la mitología africana, con plegarias a los ancestros y Orichas; porque la esencia principal de la cultura africana es la espiritualidad, latente en su arte, filosofía e historia. En todas las mitologías de la humanidad está siempre la presencia creadora de Dios. Para los africanos este Dios tiene varios nombres: Odumare, Olorum, Ngai, Mwene-Nyaga, Oshalá, Ngama Zumbi, etc.

En la obra de Manuel Zapata Olivella este Dios creador aparece tanto en la forma cristiana (*En Chimá nace un santo*, por ejemplo) como en la africana, específicamente como Odumare en *Changó el Gran Putas* y en *El Árbol Brujo de la Libertad*, o como Ngai (dios de los Massai) y Mwene-Nyaga (dios de los kikuyo de Kenya) en *Hemingway, el cazador de la muerte*. Odumare es el Dios supremo para los yorubas, creador del universo, también es omnipresente y todopoderoso como el dios bíblico, lo que permitió su sincretización con Alá, Yahvé, Jah y el Señor de los cristianos. La principal fuente mitológica en *Changó el Gran Putas* y *El Árbol Brujo de la Libertad*, es la *Yoruba*. Esta palabra designa a la gran familia lingüística de la floresta del Níger y su antigua civilización cuya capital es la ciudad sagrada de Ilé-Ifé. En su mitología se destaca la presencia de Odumare, dios todopoderoso que posee tres manifestaciones (como el misterio de la Santísima Trinidad para el cristianismo), creador de los Orichas y ancestros (fuerzas divinas, naturales e inmortales) y del *Muntú*, que con su arte, especialmente en el dominio artístico de la palabra, la música

y el bronce, son los principales portadores de la fuerza vital. El arte y la mitología de la cultura salvaguardan y liberan la fuerza vital del *Muntú*, como el concepto de *kupanda* en la filosofía Bantú, que alimenta el *bumi* en contraposición de *kufwa* que es la disminución de la fuerza vital (la esclavitud) y *kufwididila*, la muerte.

La milenaria historia de África es la expresión de su cultura, mitología, filosofía, arte y vida en el devenir del río del tiempo, uniendo siempre pasado, presente y futuro en el fluir de la existencia. La historia del *Muntú* tiene sus raíces en la cosmogonía, en la existencia primordial de la divinidad, al igual que su presente en la vida de los mortales y su futuro en los nacimientos de sus hijos. Esta concepción filosófica del tiempo para los africanos es fundamental en su historia: su creación cultural y artística en el destino escrito por la divinidad y vivido día a día por el *Muntú*. Esta historia también cuenta la grandeza de sus civilizaciones (Egipto, Manikongo, Angola, Monomatapa, Bantú, Yoruba, Ewe-fon, Malí, Ghana, Azum, Kush, Nubia, Chad, etc.), las epopeyas de sus héroes, la vida de sus ancestros, la filosofía del cosmos y los ritos a sus dioses; pero también narra las distintas opresiones y esclavitudes a las que es sometido el *Muntú* en su diáspora genésica en la tierra. En la cultura africana se encuentran las raíces y confluencias de la historia de la humanidad, gracias a su intrínseca relación con América, Asia, Europa y Oceanía.

Porque la historia para los africanos, como para los indígenas, es la vida de sus divinidades y ancestros en su devenir sagrado. No es el simple transcurso del tiempo, sino la plenitud y realización de toda la fuerza vital. La historia del *Muntú* es la historia del universo, porque él es un elemento inseparable de la totalidad, al igual que el arte en la novela *Changó el Gran Putas*. La historia es la grandeza y la miseria de la humanidad, la escritura sagrada de la divinidad, la vida en su plenitud y la inmortalidad de la muerte. Es el relato de la cosmogonía, la cultura, la esclavitud y la libertad de sus Ancestros. Este es el fundamento más profundo del realismo mítico de Manuel Zapata Olivella que permite la plenitud del pensamiento poético en la realidad de la historia y la savia de la cultura. El libro escrito en el siglo XX que es a la vez poema épico y novela, mitología e historia, arte y antropología que surge de las raíces más profundas de la humanidad para florecer en sus días más caóticos. Sin duda, el arte es un elemento esencial en la novela *Changó el Gran Putas* de Manuel Zapata Olivella que se relaciona íntimamente con la cultura, la vida, la muerte, la libertad, la mitología, la historia, el erotismo y la sabiduría. El arte es para el *Muntú* la expresión arquetípica de su *magara*, su creación más espiritual y total. La importancia fundamental de la música, la poesía, la danza, el teatro, la pintura y la escultura enriquece profundamente la literatura del maestro colombiano.

En *Changó el Gran Putas* el arte es la forma natural de expresión, liberación y redención del *Muntú*, su relación con los bazimu y los Orichas, su *magara* y su vida

inmortal con los Ancestros. La constante palpitación de los tambores, la inspiradora iniciación de la kora, las guitarras danzantes, los violines proféticos, el carángano y el canto mágico suenan en la musicalidad entrañable de Manuel Zapata y su novela. La palabra viva de la poesía, que como en Juan Rulfo está presente en la narrativa y se nutre de la tradición oral, la presencia de la muerte y la multiplicidad de voces, adquiere en *Changó* la plenitud artística y vital de la cultura africana y latinoamericana. El arte como la espiritualidad y el culto a los Orichas, como fiesta y bunde de los ekobios, canto del Babalao, redención del espíritu enfermo de esclavitud, lumbalú a los ancestros y bazimus, como libertad del *Muntú* y la palabra viva del escritor es la síntesis de los elementos principales de la presente investigación.

El análisis de personajes como Ngafúa, Kanuri Mai, Domingo Falupo, Pupo Moncholo, Mackandal, Bouckman, Simón Bolívar, José Prudencio Padilla, Langston Hughes y el Alejaidinho, entre otros, es fundamental para analizar la presencia del arte en *Changó el Gran Putas* y su relación profunda con los Orichas y los ancestros. La presencia permanente de la música y la poesía se evidencia desde el inicio de la novela, en el canto épico de Ngafúa, el babalao, poeta, cantor, músico y sabio ancestro que será un personaje omnipresente a lo largo de la narración junto con sus compañeros de esclavitud y redención Nagó, Olugbala y Kanuri Mai. La multiplicidad de la escritura de Manuel Zapata Olivella no sólo se da en las distintas artes, sino que también está presente en la fragmentación, la compleja estructura narrativa y la inclusión de registros extraliterarios como el de los libros de bitácora y de derrota, las novelas de guerra, las declaraciones inquisitoriales, los cantos del bullerengue, poemas épicos, citas textuales, esculturas y rituales religiosos.

El libro mismo es una revolución del pensamiento y de la estética, de las culturas oprimidas que afirman sus raíces ancestrales en el devenir del presente. Su novela es saga, epopeya, poesía, antropología, historia, mitología y expresión espiritual que nunca olvida su compromiso primordial con la libertad. En el artículo dedicado a la novela latinoamericana, Manuel Zapata Olivella hace evidente estos puntos al proponer una desalienación cultural de la literatura en Latinoamérica a partir de la conciencia de sus raíces, su complejo mestizaje y su creatividad inagotable:

La más profunda desalienación cultural de la literatura latinoamericana actual, es la toma de conciencia en algunos escritores del carácter mestizo de nuestra lengua [...] Hoy sabemos que los miles de idiomas y dialectos amerindios y africanos también influyeron en el substrato de las lenguas dominantes [...] Pan, lluvia, luz, vida, muerte, se llenaron de nuevas resonancias. El idioma conquistador nunca pudo suplir la experiencia de lo vivido. [...] Pero con los días, telaraña que ligaba el dolor y la esperanza, el mestizo hijo de la aborígen o de la africana, hiló los vocablos aprendidos del padre y de la madre, amañando en su alma la esquizofrenia de la dicotomía. Las palabras se

enriquecieron con el trasiego de una lengua a otra, conservando semánticas latinas y griegas pero galvanizadas de connotaciones del azteca, taíno o aymara, habían nacido los idiomas patrimoniales, “nuestra propia voz”, como dijera Borges [...] Ciertamente la nueva literatura latinoamericana, la mal llamada del boom, repite la experiencia valiosa de los clásicos de la Edad de Oro cuando buscaron en el acervo de la tradición oral, el pensamiento mágico de su fantasía. La leyenda, el mito y la imaginación popular que jamás se sujetó a la Inquisición, a los clásicos o a la Academia (1995: 55).

Es evidente la relación entre la literatura y la cultura popular en la novela latinoamericana para el autor de *En Chimá nace un santo*. Así se van tejiendo los vínculos entre la región y la escritura literaria, entre los procesos históricos de mestizaje que determinan en gran medida la creación artística. En otro momento de *Nueva imagen de la novela latinoamericana*, el escritor loriqueño alude al proceso de creación literaria, haciendo referencia a otros autores latinoamericanos con los cuales tiene profundas afinidades:

Nuestros narradores y poetas actuales, sin perder el talento de buenos escritores, alejando la libertad expresiva, retomaron la condición esencial del pensamiento: mitificar la realidad [...] La literatura ha sido siempre la utópica respuesta que nos deja la fábula de la zorra y las uvas verdes. El realismo mágico y mítico es una respuesta válida para un continente que sufre cada vez la expoliación de sus riquezas físicas y espirituales. Frente a los molinos de viento necesitamos la fantasía, el denuedo y el heroísmo de Don Quijote. Rulfo, García Márquez, Borges, Carpentier, apenas nos han abierto las puertas del misterio americano. Aún nos falta excavar en la reminiscencia ancestral de nuestros pueblos la sabiduría milenaria subyacente en la memoria de nuestros ancestros africanos, melanésicos, polinésicos y europeos (1995: 55).

Como la cultura, la literatura alcanza una capacidad totalizadora. Es decir, aquí se evidencia la manifestación del contexto conceptual y cultural del *Muntú*. En lo particular de la literatura, de la cultura de nuestros pueblos está la capacidad creadora de llegar a lo cósmico, a lo que trasciende. El arte posee el elemento genésico de la vida: la creación poética. Sin embargo, en *El hombre colombiano* Zapata Olivella muestra una mirada más de antropólogo al abordar estas cuestiones. De todas formas, mantiene su conciencia artística de la etnicidad y afirma la posibilidad de comprender la cultura colombiana como una unidad, en parte debido a dinámicas propias del país y al impacto de factores extranjeros, pero también gracias a la manifestación colectiva de la capacidad creadora:

Hay fundamentos para creer que existe cierta unidad nacional en el pensamiento de los distintos grupos etnográficos colombianos. En los siglos de endoculturación colombiana, a través de las migraciones, las guerras de Independencia y civiles, el comercio, las carreteras y la aviación, paulatinamente se han conformado actitudes comunes aunque emerjan de grupo étnicos circunscritos (1974: 178).

De esta forma, Manuel Zapata Olivella realiza un panorama de águila, desde la visión de la totalidad va descendiendo hasta las particularidades de los grupos regionales en Colombia. Afirmando su concepción del mestizaje, tensa, fecunda, no siempre pacífica e integradora, plantea la estrecha vinculación del hombre con su territorio, de la literatura (y en general cualquier creación humana) con la región donde nace. En este campo de ideas, *El hombre colombiano* contiene una visión particular del pueblo colombiano: ligado a su historia milenaria, su ecología, su facultad ontogénica y sus necesidades biológicas, se constituye como “una realidad creadora”, al igual que cualquier otro pueblo que logra aunar las contradicciones culturales. De esta manera, se va hilando la noción de identidad presente en la obra de Zapata Olivella, que surge de lo humano para llegar a lo regional, siempre a partir de los orígenes ancestrales. Así afirma: “Una cultura no puede entenderse sin una geografía. Para los colombianos, el escenario ecológico es también la mejor amalgama de nuestra idiosincrasia. Hombres aculturados en distintos pisos térmicos, en llanuras, montañas, costas y vertientes, hemos tenido que depender unos de otros” (1974: 11).

Para comprender las particularidades de la cultura colombiana, y sus diversas regiones, Zapata Olivella divide su libro en cinco partes: “Tronco étnico americano”, “Tronco étnico hispano”, “Tronco étnico africano”, “La aculturación” y “Grupos étnicos actuales”. Su estudio antropológico inicia con las raíces ancestrales de la “trietnicidad” americana: sus herencias indígenas, europeas y africanas. Gracias al profundo conocimiento de los ancestros que conforman al hombre colombiano, Manuel, con sus hermanos Juan y Delia, afirmarían la conciencia de ser triétnicos. Recordemos las palabras del autor de *Chambacú corral de negros* en una entrevista realizada poco antes de su muerte:

Encontrar esa identidad de una raza con todas las razas del mundo, yo creo que de allí es de donde viene pues esa visión en “Changó el gran putas” [...] Yo sé que yo soy un triétnico, yo sé que no me puedo connotar como negro ni como indio ni como español, sino en su totalidad, como un descendiente de la especie humana africana, que es la misma que le ha dado origen al indio y al blanco en cualquier otra parte del mundo (Zapata, 2003).

La concepción de etnicidad en Manuel Zapata Olivella busca una confluencia auténtica a partir de los grandes troncos étnicos del mestizaje americano, de manera similar a su descripción sobre el pueblo colombiano. Por lo tanto, la etnicidad y la identidad en el escritor loriquireño están directamente ligadas a la capacidad creadora del ser humano determinado por la región, las raíces ancestrales y su historia. En la segunda edición de *Las claves mágicas de América*, Zapata Olivella aclara la noción de etnia que maneja en sus textos: “el concepto de “etnia” que alude a la igualdad

biológica de todos los hombres descendientes de un mismo tronco genético, y la diversidad de sus realizaciones culturales” (1989). La etnicidad en Zapata Olivella significa entonces la pertenencia a un grupo humano que proviene de una misma matriz biológica y que posee un acervo cultural propio como producto de su creatividad. Precisamente, una de las creaciones humanas es la identidad como síntesis que aúna contradicciones y que busca afirmar lo auténtico. En este caso, es lo colombiano y por lo tanto constituye una identidad formada por diversas comunidades étnicas que perviven en la actualidad, hijos del mestizaje y de las regiones donde viven, de los devenires sociales, económicos, políticos, artísticos, etc.

Para adentrarnos en el análisis de la quinta parte del libro “Grupos étnicos actuales”, nos ocuparemos brevemente de cuatro casos específicos: el antioqueño, el santandereano, el costeño y el andino. Al estudiar cada grupo étnico, Zapata Olivella comienza describiendo su región, sus poblaciones originales y sus procesos históricos de mestizaje, para concluir con la creación de nuevos valores en religión, arte, alimentación, vestido y costumbres. Con un riguroso estudio de estos aspectos regionales y étnicos que conforman la cultura, *El hombre colombiano* realiza una investigación profunda sobre la creación de arte, pensamiento y cultura en Colombia, a partir de una mirada étnica, antropológica, estética y social. Basándose en la geografía, las herencias de diversos continentes y las expresiones folclóricas, las regiones adquieren una importancia fundamental en el libro del escritor loricuense, directamente relacionadas con los grupos étnicos que las habitan y con la literatura.

El hombre colombiano inicia el análisis de las regiones culturales con el grupo étnico antioqueño. Entre los aspectos estudiados por la mirada ecuménica de Zapata Olivella, quisiera que nos centremos en la tradición oral, por sus complejas relaciones con la literatura. Para comenzar su descripción de la oralidad en Antioquia, el autor de *En Chimá muere un santo* realiza la siguiente afirmación: “El antioqueño por tradición, es coloquial” (1974: 224). Más adelante aclara que por coloquial Zapata Olivella entiende la manera en que las culturas empíricas (por analfabetismo, aislamiento y tradición familiar) extreman la comunicación oral. Con las fuertes herencias hispanas y la aculturación de las tradiciones indígenas y africanas, fueron naciendo las coplas, refranes, adivinanzas y oraciones. El estudio de la tradición oral colombiana ha sido una constante en la vida de Manuel Zapata Olivella, al punto de realizar una investigación específica en Córdoba y otros lugares del territorio nacional. Sin embargo, al estudiar la tradición oral de Antioquia, plantea una relación directa con la literatura:

En el extenso repertorio de la tradición oral antioqueña figuran los personajes tipo de Cusiaca, Juan de la Carrarina, el niño José Julián, así como los conocidos en otras partes de Pedro Rímales, Juan Bobo, gigantes y hadas de la antigüedad preclásica

peninsular y los no menos universales de ascendencia americana y africana de Tío Conejo, Tía Zorra, Tío Tigre, etc. El firme basamento popular de esta tradición oral alimentó la fisonomía de las letras antioqueñas cuyo importante aporte a la literatura latinoamericana afloró tempranamente con profundo acento terrígeno, a la par telúrico de Gregorio Gutiérrez González y criollista de Tomás Carrasquilla (Zapata, 1974: 225).

Con respecto al grupo étnico santandereano, voy a destacar la caracterización realizada por Zapata Olivella como una región que ha mantenido la búsqueda por una identidad común y la resistencia a la esclavitud hasta la actualidad. Estas capacidades son vitales en el pensamiento y la obra del escritor afrocolombiano. Precisamente, su gran novela *Changó, el gran putas* se teje en torno a estos dos pilares: la unidad del mestizaje y la rebeldía contra la opresión. Es en la búsqueda de libertad, donde Zapata Olivella encuentra el mayor valor del pueblo santandereano (no en vano hogar de los movimientos comuneros de albores de la independencia). Para comprender mejor, leamos las palabras del autor en *El hombre colombiano* cuando describe la región de Santander:

Paulatinamente surgieron los nuevos valores mestizos, aglutinadores de costumbres y hábitos que rompían las viejas barreras separatistas de las diversas comunidades aborígenes. Pero la compulsión a la unidad, desató por reflejo la reacción común contra el colonizador, dando origen a uno de los sentimientos más caracterizados del santandereano: la rebeldía contra cualquier tipo de opresión (Zapata, 1974: 306).

En el grupo étnico costeño también se encuentra un aspecto fundamental del ser humano, como parte de su capacidad creadora, según Zapata Olivella: las mentalidades y actitudes empírico-mágicas. Con un sincretismo religioso directamente ligado al mestizaje, la zona Caribe se caracteriza por una trietnicidad marcada por el pensamiento mágico y empírico. Los cultos, las religiones, la magia y la brujería, pero también el arte y la ciencia, se fundamentan en esta actitud propia, pero por supuesto no exclusiva, de la costa Caribe colombiana: “El ámbito de la triaculturación costeña se revela particularmente en matizado sincretismo de la mentalidad empírico-mágica heredada de las raíces medievales europeas, la fuerte tradición aborígen y los elementos de defensa incorporados por el esclavo africano” (1974: 288). Numerosas son las aproximaciones que ha realizado Zapata Olivella en torno al pensamiento mágico y empírico del Caribe, por ejemplo con sus textos sobre el lumbalú de San Basilio de Palenque. Sin embargo, para este ensayo, quisiera centrarme en unos aspectos particulares para mirar el conjunto. Por lo tanto, quisiera destacar las características y rasgos que Zapata Olivella considera definitivos en las regiones y sus habitantes dentro de Colombia. De esta manera, en lo que concierne al grupo étnico sureño, es importante reconocer la creatividad en sus celebraciones culturales, en particular con respecto al Carnaval de Negros y Blancos. Al describirlo, el escritor loriquireño enfatiza en los orígenes de los tres troncos de nuestro mestizaje:

Las fiestas de “negros y blancos”, reviven mezclados ancestros peninsulares, indígenas, y acaso africanos. Su carácter carnavalesco es indudable, expreso en ese pintarrajearse toda la gente de “negro” el 5 de enero y “blanco” el 6. Preparados para la diversión general cada quien viste trajes viejos para recibir la lluvia de anilinas negras o polvos de harina y albayalde” (Zapata, 1974: 343).

A partir de ciertas características destacadas por el autor sobre cuatro regiones de Colombia, trazamos elementos fundamentales para el pensamiento y la obra de Zapata Olivella: la relación entre oralidad y literatura (Antioquia), la rebeldía contra cualquier tipo de opresión (Santander), el pensamiento empírico-mágico (Costa Caribe) y la creatividad de las celebraciones populares (Andino sureño). Para concluir, quisiera afirmar la estrecha vinculación entre la literatura y la región (entendida culturalmente, ligada a la etnicidad y la identidad) en la obra de Manuel Zapata Olivella. Como creación estética que surge de un ámbito geográfico, ecológico, histórico e incluso genético, la literatura es una manifestación de la capacidad ontogénica del ser humano que está estrechamente vinculada con la región que la produce. Hay que aclarar que a pesar de que su literatura siempre ha surgido de un contacto profundo con el territorio y la cultura, en la obra de Zapata Olivella encontramos varias nociones de región: desde el poblado del Caribe colombiano dentro de *En Chimá nace un santo*, a la ciudad de Bogotá en *Calle 10* o África y América en *El Árbol Brujo de la Libertad*, *África en Colombia*. Así mismo, va a ser particular y ecuménica su visión de la literatura, que incluye la oralidad y se inscribe dentro de la creatividad humana. Es decir, en su concepción de lo artístico y lo cultural, los elementos populares (en los cuales la oralidad es vital) son primordiales. Por lo tanto, en su noción de la literatura está siempre presente lo oral. Esto se evidencia en el poemario al inicio de *Changó* que recuerda a Homero y a la primera literatura mítica, épica, poética y musical que nació de manera oral y después alcanzó forma escrita. Asimismo, su visión del conocimiento va más allá de lo occidental para adentrarse en ámbitos propios de regiones como los continentes del sur atlántico (África y América), de Colombia y sus grupos étnicos actuales. Volvemos en este sendero en espiral, como los mitos, a la visión ecuménica, totalizadora, integradora que mantiene sus raíces y es consciente de su región, al igual que de las demás. Para finalizar, de acuerdo con Zapata Olivella,

Queremos tan sólo decir que la palabra ágrafa, impulso de la mente y respuesta creadora, desarrolló el pensamiento, la escritura, la música y la tecnología nuclear que se conoce para transformar la naturaleza. Nos resulta ahora fácil justificar que hablemos de una nueva imagen en la literatura latinoamericana. La palabra viva y escrita es la única herramienta de que dispone el escritor, pero también es la misma del científico, del tecnólogo, filósofo, economista, político y religioso (Zapata, 1995: 29).

Bibliografía

- Branche, Jerome. (2009). *Malungaje: hacia una poética de diáspora africana*. Colombia: Ministerio de Cultura.
- Manuel Zapata Olivella [videogravación]. (2003). Entrevista realizada por el Departamento de Literatura de la Pontificia Universidad Javeriana. 1 Videocasete (VHS) (75 min.): son., col.
- Zapata Olivella, Delia; Massa, Edelmira y Betancourt, Ihan. (2003). *Manual de danzas folclóricas de la Costa Atlántica de Colombia*. Bogotá: Camacho Sánchez e hijos.
- Zapata Olivella, Manuel. (1983). *Changó el gran putas*. Bogotá: Editorial Oveja Negra.
- . (1974). *El hombre colombiano*. Bogotá: Canal Ramírez.
- . (1995). "Nueva imagen en la novela latinoamericana". En: Luque, Myriam; Ordóñez, Monserrat; Osorio, Betty (eds.). *Colombia en el contexto latinoamericano, Memorias del IX Congreso de la Asociación de Colombianistas*. Bogotá: Asociación de Colombianistas, pp. 26-29.
- . (1989). *Las claves mágicas de América*. Bogotá: Plaza y Janéz.
- . (1997). *La rebelión de los genes, El mestizaje americano en la sociedad futura*. Bogotá: Altamir.
- . (2002). *El árbol brujo de la libertad: África en Colombia*. Buenaventura: Universidad del Pacífico.